

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO

I

Dos mujeres y un príncipe adolescente estupefacto de terror en el fondo de un haren, heredaban este imperio, cuyos resortes tendidos hasta la tiranía, iban á aflojarse hasta la licencia con la muerte del déspota.

La primera de estas mujeres era la sultana Kœsem ó la Validé, viuda de Achmet I, madre de Amurat IV, griega de origen, naturaleza imperial, cuya belleza, fecundidad, genio y ambicion, que justificaba el talento, la habian hecho la verdadera empe-

ratriz de dos reinados, y la única capaz de gobernar el tercero bajo el débil Ibrahim. La segunda era la sultana Tarkhan, griega tambien, educada con esmero por la sultana Kœsem, para favorita de su hijo, dada por esposa única á Amurat por su madre; dueña durante algun tiempo del corazon de este príncipe, desatendida despues, honrada siempre, sin haber recibido de la naturaleza ni una alma grande ni el carácter superior de su suegra, sujeta por política y hábitos filiales á su voluntad, y dispuesta á dejarla continuar disfrutando de la omnipotencia que habia ejercido en los precedentes reinados. Tarkhan era madre de un niño llamado Mohammed, que apenas habia salido de la cuna.

II

Ibrahim, último hijo de la Validé, á quien recaia el trono por la muerte de Amurat IV, y que debia, segun se ha visto, su salvacion á la habilidad y el favor de la sultana Kœsem, no era mas que un dócil juguete de su madre. Educado en la soledad del harem, no aspirando mas que á ser olvidado, testigo de

los crímenes sucesivos de su tío, el idiota Mustafá I, y de cuatro hermanos suyos inmolados á medida que los años los acercaban á la edad de la ambicion, seguro de ser sacrificado tarde ó temprano á las sospechas del tirano, advertido de ello pocos dias ántes de la orden dada contra él por Amurat, libertado con un subterfugio precario, y refugiado con algunos eunucos en el apartamento mas retirado de la sultana madre, este jóven príncipe creia oír en cada rumor del serrallo los pasos de los mudos ó del mismo Amurat, que acababan de descubrir su asilo, y que venian á ejecutar la orden eludida de su suplicio. Con la mano en los cerrojos del kiosko, en donde la sultana Validé lo habia escondido, creia que solo aquella puerta lo separaba de la muerte.

El ruido y los gritos de *larga vida al sultan Ibrahim*, de los visires, de los pajes, y los bostandjis que acudian á aclamar al nuevo emperador, le parecieron un ardid de los asesinos para hacerlo salir de su refugio y extrangularlo en el umbral. No quiso creer en la muerte de Amurat IV, ni abrir la puerta á los que le traian la noticia de su exaltacion al trono, hasta tanto que la sultana se lo hubiese atestiguado. Ella se presentó: pero la misma voz de su madre no le pareció un testimonio bastante convincente; fué menester ir á buscar el cadáver de Amurat, y hacer-

selo ver por una ventana del kiosko para decidirlo á que abriese. No se juzgó vivo hasta que vió á su hermano muerto. Entónces descorrió los cerrojos, y los visires se echaron á sus piés.

Despues de haber recibido sus felicitaciones y los abrazos de su madre, ayudó él mismo á trasportar al serrallo el cuerpo cubierto con un lienzo. El cuidado de reinar se lo confió á aquella á quien debia dos veces la vida. Esta dejó á su protegido el gran visir Kara-Mustafá en el puesto á que habia sido elevado por su reputacion en los últimos años de Amurat IV. Era un húngaro que por su valor, su integridad y sus servicios habia subido de grado en grado desde simple genízaro á las mas altas dignidades. Por sus virtudes era digno de ellas; pero acostumbrado á recibir con mano despótica el impulso de una voluntad superior á la suya, era mas á propósito para ser el brazo que la cabeza de un reinado.

Ibrahim, reducido á la nulidad por la costumbre de subordinar su alma á la de su madre, se contentaba con vivir sin desear gobernar; lo habian enervado los placeres precoces del haren, que las costumbres del serrallo dejaban por única distraccion á los príncipes cautivos. Su madre y los visires le ofrecian todos los viernes, dia consagrado por los musulmanes á la union conyugal, nuevas esclavas, tributo

del Archipiélago, de la Grecia, de la Persia y de la Circasia. Algunos perfumes excitantes acabaron por vencer la enfermedad de Ibrahim, y en el primer año de su reinado le nacieron dos hijos.

III

Una expedicion de represálias contra Azof, ciudad principal de los cosacos del Don, tomó é incendió la capital de este país que era tan pronto tártaro, como ruso y polaco, segun el carácter caprichoso de sus piratas de tierra. Mohammed-Gherai, khan de Crimea, prestó cien mil tártaros auxiliares á los turcos para esta empresa. Sultanzade-bajá, jefe del ejército otomano, reparó á Azof y la fortificó para convertirla en valladar contra los cosacos y los rusos, aliados suyos. El gran visir se aprovechó del prestigio que le dió el buen éxito de esta expedicion para hacer expiar al antiguo silihdar, favorito omnipotente de Amurat IV, sus tiranías y pillajes. Cuarenta *chiaux* enviados á Andrinópolis, siguiéndole la pista, lo alcanzaron y lo mataron en el camino. La sultana Validé, que meditaba el casar al opulento silihdar con una

de sus hijas, se indignó con este atentado y preparó su castigo.

La ocasion se presentó muy pronto.

Nassuh-bajá, nombrado gobernador de Alepo por el gran visir, supo en el camino que este nombramiento era una celada, y que en Siria lo aguardaba su predecesor con órden de matarlo. Retrocedió con sus tropas, y anunció que intentaba vengarse del gobierno y sublevar la capital. Su proximidad á la ciudad y estos rumores hicieron fermentar los gérmenes antiguos de sedicion, mal ahogados por la tiranía del último reinado. El gran visir envió contra Nassuh los genízaros y spahis de que podia disponer; pero fueron rechazados en la llanura de Nicomedia. Nassuh, vencedor, plantó sus tiendas en Scutari, enfrente de los jardines del serrallo; allí aguardó el título de gran visir que sus cómplices le decian que iba á obtener de la debilidad y del terror de Ibrahim.

Engañado por sus amigos y vendido por su kiaya, que le armó un lazo, se atrevió á cruzar el Bósforo con un puñado de amigos para recibir de manos del gran visir su perdon y el mando en jefe del ejército de Rumelia. Rodeado, al desembarcar en la playa del serrallo, por la guardia del gran visir, solo pudo librarse de sus sables huyendo á las montañas de la Bulgaria con diez ginetes de su escolta. Su hijo de

diez y seis años de edad, no pudiendo seguirlo, se quedó en una de sus quintas, próximas al Bósforo. Alcanzado él mismo pocos dias despues, en el momento en que iba á Rutschuk para pasar desde allí al campamento de los tártaros, fué conducido cargado de cadenas á Constantinopla, y ajusticiado en el hipódromo como un vil criminal. Su cabeza ensangrentó al dia siguiente la puerta del serrallo, que habia hecho temblar. Su hermano Ali fué estrangulado en la barca que lo conducia á su destierro; su hijo admitido entre los pajes de Ibrahim, reparó mas adelante su casa, y fué uno de los historiadores mas auténticos é imparciales del imperio. Refiere sin quejarse la muerte de su padre: de tal manera el respeto á la fatalidad excluye entre los otomanos la idea de la venganza.

Sulfikar-bajá, cómplice y teniente de Nassuh, fué víctima del mismo artificio del divan. Nombrado gobernador de Chipre, el almirante que mandaba en aquellos parages, recibió la órden de atraerlo bajo el pretexto de darle un banquete en el navío almirante, y al fin de la comida le presentó su sentencia de muerte. Estas ejecuciones, recuerdos del reinado de Amurat IV, constituian la política del haren, diferente de la del gran visir Kara-Mustafá, que sufría mas bien que mandaba estas ejecuciones.

IV

Un triunvirato de favoritos, consejo secreto de la Validé, gobernaba bajo su direccion, y se indignaba de compartir el gobierno. Componian este triunvirato un hombre agradable, pero ligero, Sultanzadebajá; Yusuf, escudero de Ibrahim, y Djindji, su preceptor. Estos preceptores de los sultanes ejercian en el serrallo casi las mismas funciones que los directores espirituales de la conciencia de los soberanos católicos en el Escorial; influjos sin atribuciones, pero que dominaban á todos los demás. La reputacion de hombre versado en la mágia y en la medicina, el secreto que pretendia poseer de componer filtros que rejuvenecian á su discípulo, lo habian conservado en el primer rango del favoritismo.

Despues de la muerte del silihdar, cometida sin su consentimiento, la sultana Koesem, servia y apoyaba el odio que estos tres hombres profesaban al gran visir. Envenenábase este odio con la animosidad de una mujer importante en el haren, Kiaya-Khatum, directora de las odaliscas, ministro de los placeres del sultan. No cesaba ella de acusar la par-

simonia con que el visir gobernaba el haren. Sus acusaciones parecieron el peor de los crímenes á un príncipe dominado por las mujeres. Kiaya Khatun, de acuerdo con la sultana Validé y el triunvirato enemigo de Kara-Mustafá, se quejó amargamente á Ibrahim de la negligencia del gran visir, que dejaba sin leña los apartamentos del haren.

Indignado Ibrahim envió á interrumpir el divan que el gran visir presidia en aquel momento en su palacio para reprenderlo por aquella falta.

« ¿Porqué, » le dijo con faz severa, « no han sido entregados los quinientos carros de leña pedidos por Kiara-Khatun? »

El gran visir se excusó y atribuyó este retraso á la importancia de los negocios de Estado que lo habian distraido; luego, permitiéndose el dar una leccion imprudente á su señor en el momento en que sus enemigos buscaban solo la ocasion de perderlo :

« Mi padischah, » dijo, « ¿ era necesario hacerme interrumpir la discusion en el divan de los mas graves negocios del Estado, á mí que soy tu representante, por quinientos carros de leña que no valen juntos quinientos áspres? ¿ Porqué interrogas por esos carros de madera, y no preguntas por la situacion de tu imperio, la felicidad de tu pueblo y la seguridad de tus fronteras? »

Esta libertad de palabras, interpretada como leccion y ultraje por los enemigos de Kara-Mustafá, hizo temblar á sus amigos, que le reprendieron su imprudencia.

« ¿No le digo la verdad en obsequio suyo? » respondió el gran visir. « ¿Es mejor adularlo que servirlo? »
« ¡Mas vale morir honrado y libre, que vivir adular y esclavo! »

Sin embargo, para desbaratar la trama urdida por sus enemigos, conspiró él mismo contra la vida del mas perjudicial de todos, contra Yusuf, aga de los mas perjudicial de todos, contra Yusuf, aga de los genizaros. Dos emisarios del gran visir, enviados con dinero á los cuarteles, insinuaron á los soldados que no comieran el arroz que se les servia en el patio del serrallo, signo de descontento que presagiaba la revuelta, y cuya responsabilidad recaía sobre el aga. Estos manejos, descubiertos á Yusuf por sus espías en los cuarteles, armaron al triunvirato contra su enemigo. Ibrahim, informado y convencido por ellos de esta intriga de su visir, llamó á uno de los casuistas mas acreditados entre los ulemas.

« ¿Si yo mandase matar á mi lala (mi padre), título familiar del gran visir, se quejarían mis vasallos de mí? » le preguntó.

« No lo permita Dios, » respondió el ulema, « los cuellos de tus vasallos no son bastante fuertes para

« soportar el peso de tu cólera; ellos son ante tí mas delgados que el filo de tu sable suspendido sobre la garganta. La muerte de tu gran visir los colmará de alegría. »

Tranquilizado Ibrahim, asistió segun su costumbre al consejo de los visires en el serrallo, y dió dos ó tres golpes de impaciencia contra la verja dorada que lo separaba del divan. El consejo calló y se disolvió á esta señal; el gran visir, que se quedó solo en el consejo se presentó con arreglo á la etiqueta en la puerta del apartamento del sultan para conferenciar con él confidencialmente de los negocios de Estado. Los mudos le interceptaron la entrada, y se retiró inquieto á su palacio, cogió un *Coran* para hacer en caso de necesidad su oracion á la hora de morir, y entró por la puerta de hierro en el serrallo. El sultan se paseaba sombrío á irresoluto por sus salones; el aspecto del gran visir, no autorizado por el uso para aquella familiaridad, lo irritó.

« Mi lala, » le gritó con la cólera retratada en los ojos y en el acento, « en verdad que me admira el que vengas así á mi casa, como si fuera la de tu padre, sin ser llamado! » Luego, sin dar lugar á que el gran visir explicara la fermentacion de los genizaros, que atribuía á que el padischah no sostenia con bastante franqueza á su ministro. « Mientes, traidor, » le dijo

Ibrahim, « tú eres quien ha fomentado esta rebelion; « yo encontraré quien merezca mas que tú guardar « el sello del imperio. Cójelo, » prosiguió volviéndose hácia el jefe de los bostandjis, y señaló con el gesto al gran visir.

El bostandji dudando si el padischah designaba con aquellas palabras el sello del Estado que llevaba el gran visir ó al visir mismo, interpretó la frase en el sentido ménos terrible, y recibió el sello de manos de Kara-Mustafá. A favor de aquella mala inteligencia, el gran visir depuesto volvió á su casa, y temiendo que el verdugo lo siguiera, se disfrazó y se fugó por el tejado de su haren. Bajó á una plaza desierta, en frente de la mezquita de Naali, próxima á su haren, en donde se vendia heno y paja, y se escondió sin ser apercibido entre un monton de forraje, para aguardar allí la noche.

Sin embargo, cuando el bostandji trajo al sultan el sello del gran visir: « Sordo de oido y de entendimiento, » le dijo con cólera el padischah, « no te he « pedido el sello, sino el hombre. Vé, y tráeme al « instante la cabeza del traidor. »

Quinientos bostandjis cercaron la casa del visir, derribaron sus puertas, y penetraron hasta las habitaciones de las mujeres sin encontrar á la víctima. Pero habiendo subido uno de ellos al tejado del ha-

ren, y observando desde allí los alrededores, creyó apercibir bajo la yerba el movimiento de un pecho que respiraba; acudió con sus camaradas, escarbó con la punta del sable y descubrió al fugitivo.

Kara-Mustafá se defendió inútilmente con el sable desnudo y sucumbió ante el número; atado y conducido á la plaza de Khodja bajá, fué extrangulado en ella junto á la fuente de Kara-Alí. Su cadáver fué llevado al sultan ántes de trasladarlo á la sepultura que él mismo se habia preparado en los dias de su prosperidad.

V

El favorito Sultanzade heredó la dignidad de aquel cuya ruina habia tramado; una nueva favorita, Scherbuli, persa de nacimiento, comenzó á rivalizar en el corazon de Ibrahim con el ascendiente de la sultana Validé. Con el objeto de separarlo de su madre, esta favorita se confabuló con el Khodja-Djindji para llevárselo á Andrinópolis. El gran visir y la sultana Validé, inquietos con la ausencia, que les privaba de su influjo, lo llamaron á Constantinopla fin-

giendo síntomas de sedición en la ciudad. Dos hijos, Selim y Othman, le nacieron durante su permanencia en Andrinópolis.

El khan de Crimea Mohammed-Gherai fué depuesto y su hermano Islam-Gherai investido en su lugar con la soberanía de los tártaros. Cuando se presentó en el serrallo para dar las gracias á Ibrahim halló al sultan sin ropon ni turbante, respirando el fresco de la mañana al borde de un estanque del jardin.

« Escucha Islam, » le dijo Ibrahim, « ¡ yo te he hecho khan! Sé, como tus padres, amigo de mis amigos y enemigo de mis enemigos. ¿ Qué edad tienes? »

« — Cuarenta años, » contestó Islam, « y por mi cautividad, hoy monto á caballo por la primera vez, pero confío en que sabré manejar bien el caballo de batalla para pagarte con mis servicios la honra que te debo. Entre los rusos y polacos infieles, y yo, no habrá mas que el filo de mi sable. »

El czar de los rusos, Aléxis Michailowitz, envió embajadores á Ibrahim para felicitarlo por su exaltación al trono y renovar sus seguridades de amistad. « Debeis, » respondió el sultan al czar, « refrenar á los cosacos en el litoral del mar Negro, y continuar pagando al khan de Crimea el tributo que los czares de Moscú han pagado siempre á mis tártaros. »

La Puerta, con el objeto de guardar fidelidad á las

estipulaciones de paz de Szen con el Austria, rehusó al ambicioso Rakoczi, príncipe vasallo de Transilvania, el sostener sus pretensiones á la Hungría superior, la Valaquia y la Moldavia. El baron Czernin, embajador de Austria, trajo á Constantinopla los presentes del emperador. En vano reclamó para el imperio romano las llaves del Santo Sepulcro de Jerusalén. El sultan le respondió que la posesion de los Santos Lugares habia sido concedida de tiempo inmemorial á los cristianos griegos, y que de ningun modo derogaria las cláusulas de un tratado, en que el mismo Mahoma habia intervenido.

VI

El haren continuaba ocupándolo mas que el imperio. Las mujeres, los perfumes, y las pieles eran las tres delicias combinadas de su paraiso terrestre. Su madre, sus visires, sus bajás, sus favoritos, no eran bastantes para buscarle y ofrecerle las mas hermosas esclavas de la Georgia, de Persia, de Polonia, de Italia, tierras natales de la belleza femenina. Los pebeteros del serrallo en donde humeaban siempre

los perfumes excitantes de la Arabia, habian encarecido el ámbar en toda el Asia. El precio de la marta zibelina para los trajes y alfombras del haren era diez veces mayor del ordinario. Su afición á las flores olorosas era tan frenética, que en vez de los penachos de garza real con broches de piedras preciosas, adorno imperial del turbante de sus antepasados, entrelazaba en los pliegues del suyo, en sus cabellos y al rededor de sus orejas guirnaldas de flores. Este adorno femenino escandalizaba al pueblo y á los soldados: habia inventado un traje muelle, compuesto de martas, cuyo contacto era voluptuoso, y en el cual ningun pliego ni cinturon irritaba su molicie. Los botones de este vestido eran de piedras preciosas, que valian diez mil ducados de oro cada uno.

Su prodigalidad en el adorno de las innumerables mujeres de su haren lo obligaba á enviar bajeles al mar en busca de los de Génova y Venecia, para comprarles todos los schales, las muselinas, y los terciopelos que la actividad del comercio no bastaba á importar á Constantinopla. Con un placer descansaba de otro. Salia del haren para recrearse con los que tocaban la flauta y la pandera, con los músicos, danzantes y bufones, diversion necesaria á la melancolía que le habian acarreado sus desórdenes. Semejante á Neron, á Caligula ó á Sardanápalo, por sus costum-

bres licenciosas, envilecia las primeras dignidades del imperio dándolas por premio de sus mas groseras orgías. De esta suerte nombró aga de los genizaros á un bohemio llamado Ahmed, que lo divertia con sus chistes triviales; y recompensó con el título de capitán-bajá al polvorista griego Kær-Mussellioghli, que habia representado con fuegos artificiales en una iluminacion del serrallo los buques, los mástiles y las velas de la escuadra. Estos dos favoritos de un capricho tuvieron que rehusar lo que el príncipe no habia tenido vergüenza en ofrecer. Pasaba su vida entre estos hombres dedicados á los placeres, como si no hubiera negocios serios en el Estado. Por la noche corria con ellos á caballo, con hachas encendidas, desde el nuevo al antiguo serrallo, inaccesible por lo comun á los sultanes reinantes, buscando entre las mujeres relegadas en aquellos depósitos de princesas, favoritas, y esclavas, vestigios de bellezas que habian sido célebres. Padre ya de siete hijos, habia elevado al rango de sultana Khasseki (sultana esposa) á siete mujeres de su haren. Cada una de ellas tenia su palacio en el serrallo, su córte, sus altos funcionarios, sus dotaciones, llamadas *dinero de pantuflas*, sus barcas, sus coches, sus eunucos y sus esclavos. Otras siete favoritas titulares, que no eran madres todavia, recibian *para pantuflas* las rentas de siete

provincias. Además concedía á cada una la atribucion de vender ciertos cargos importantes del Estado, de manera que la subasta ó el azar designaba por mano de una odalisca, criatura extranjera é iliterata, los candidatos para las mas elevadas funciones.

La imaginacion depravada de Ibrahim queria su- perar á la misma naturaleza. Codició una esposa gigantesca, objeto de sus sueños; emisarios enviados por la Kiaya Khatu, buscaron en todos los gineceos del Asia una jóven de extraordinaria estatura. Hallaron un coloso en una armenia, raza célebre por la amplitud de sus formas y su estatura en aquellas montañas, Helvecia del Oriente. Arrebatada á su familia y presentada al sultan, Ibrahim creyó poseer en aquella nueva esposa á un fenómeno de la naturaleza. Aficionóse á la armenia con tanto frenesí que el favor de esta odalisca alarmó no solo á las sultanas Khaseki, sino que la misma sultana Koesem temió perder su influjo. Ibrahim habia dotado á este gigante del haren con el gobierno de Damasco. La sultana Koesem, fingiendo querer honrar el ídolo de su hijo, invitó á la armenia á una fiesta, y la hizo extrangular durante el festin. Al inconsolable Ibrahim le hicieron creer que habia muerto sofocada por el exceso de obesidad que admiraba en ella. La lloró como á un prodigio

de hermosura que no renovaria jamás para él la naturaleza.

El jefe de los eunucos negros ó el kislaraga, gobernador del haren, era entónces el eunuco Sumbullu (este nombre significa *poseedor de jacintos*).

El uso del Oriente aplica á los eunucos nombres de flores ó de perfumes por alusion á las mujeres, flores animadas con las que viven familiarmente en los palacios de los príncipes ó de los grandes. Sunbullu, como los eunucos de los Faraones del Egipto, de los schahs de Persia, de los emperadores griegos de Constantinopla, y de los sultanes de Estambul, poseia el lujo de un haren. Habia comprado una esclava que iba á ser muy pronto madre. La belleza de esta esclava, que el sultan veia con frecuencia en el apartamento interior de Sunbullu, contiguo al haren, deslumbró de tal suerte á Ibrahim, que se la pidió al kislaraga para nodriza de un hijo que acababa de darle la sultana Tarkhan. La aficion que tenia á la nodriza de su hijo Mohammed se extendió al hijo de esta hasta el punto de preferirlo al suyo propio.

Un dia de verano que jugaba al borde de un estanque con las mujeres privilegiadas, los niños y las nodrizas, divirtiéndose en echarlas al agua, para deleitarse con su miedo y verlas nadar, la sultana Khasseki, madre de Mohammed, celosa con la preferencia que

mostraba hácia el hijo de una extraña, prorrumpió en quejas injuriosas contra la nodriza. Ibrahim, encolerizado por el ultraje que la sultana hacia á su favorita, arrancó del seno de la madre á su propio hijo Mohammed y lo arrojó á una cisterna del jardin. Los eunucos sacaron del agua al niño casi ahogado, y en su frente conservó durante su vida la cicatriz de la demencia de su padre. Sunbullu, temiendo que la venganza de las sultanas y de la validé Kœsem lo hiciese responsable de los desórdenes que ocasionaba en el haren su nodriza y su hijo, renunció el destino peligroso de kislaraga, y se embarcó con sus tesoros, su haren, la nodriza y el niño para ir á concluir sus dias en la Meca. Asaltado á la altura de Carpathos por la escuadra de Malta, pereció combatiendo intrépidamente, y sus doscientos esclavos, las treinta mujeres de su haren, la nodriza y su hijo fueron hechos prisioneros por los caballeros malteses. Educado en la fé cristiana, y reputado hijo de un sultan, entró en la órden monástica de Santo Domingo, y fué célebre en España é Italia bajo el nombre de *padre Othman*.

VII

Esto no obstante, los vicios y las locuras del serrallo no prevalecian sobre el genio viril y emprendedor de la sultana Kœsem, que gobernaba en nombre de su hijo. El orgullo y la ambicion de agregar un territorio al imperio le inspiró la expedicion de Candia.

Un dalmata, enemigo nato de Venecia, que poseia aun esta isla, habia llegado á capitan-bajá, y no cesaba de preconizar esta conquista y de estimular á ella á la sultana Validé. Este dalmata, llamado en su infancia José Maskovich, y luego Yusuf-bajá, habia nacido en Vrana en Dalmacia, ciudad inmediata á la ciudad veneciana de Zara. Su madre era una pobre esclava; él habia comenzado su vida aventurera como palafrenero en las caballerizas del beg de Wadin-Sinan; su indigencia era tal que iba á pié delante del caballo del beg hasta que una pobre vieja de Vrana, conmovida por su belleza y su miseria le dió unas babuchas. Su figura y su inteligencia llamó la atencion de un camarero del sultan, que pasaba por la Dalmacia, de vuelta de Venecia. Lo tomó á su ser-